

Palabras del señor Julio Jaime Julia en la Puesta en circulación del Libro Jubilar...

Señor Rector y Señores Vice-rectores, Decanos y Profesores de
esta Universidad Nacional "Pedro Henríquez Ureña" :

Hija y Nieto del sobresaliente humanista:

Autoridades de la Fundación Universitaria:

Damas y Caballeros:

Es este para nosotros un momento pletórico de emoción
en que arribamos a la meta de un gran esfuerzo: la puesta en
circulación de "EL LIBRO JUBILAR DE PEDRO

HENRIQUEZ UREÑA," antología continental de trabajos inéditos consagrados a la memoria del eximio dominicano, calificado como el exponente más completo de la intelectualidad nacional y, sin exageraciones sobreestimadoras, quizás de América, verdadero varón de literaturas.

Nuestros reconocimientos más sinceros a la máxima autoridad académica de esta Casa de Estudios, el Rector Jaime Viñas Román, por haber acogido la iniciativa del escritor Federico Henríquez Grateaux, para que se editara nuestra obra, y a nuestro amigo de tantos años el poeta y catedrático Mariano Lebrón Saviñón, por haber dirigido la publicación. Con este acto, pues, llegamos a la cristalización de un largo empeño de más de siete años, empeño muy acariciado por nosotros, de reunir en dos tomos la numerosa colaboración recibida de discípulos, compañeros, amigos y admiradores de toda Latinoamérica, en honra de quien al decir de Joaquín Balaguer, es el único humanista integral que han producido nuestras letras.

Hoy no cuentan los sinsabores recibidos que fueron varios; sólo importa el noble objetivo alcanzado que es esplendorosa realidad.

Sobre las pequeñeces, egoísmos y mezquindades que marcan la ruta trillada, se alza hoy como luminoso resultado el brillante triunfo que representa la edición de este libro

Ese triunfo no es sólo nuestro: corresponde también a los 92 participantes en la obra, especialmente a los 51 argentinos que tan generosamente contribuyeron con el caudal de sus aportes.

Permítasenos ahora unas breves consideraciones engarzadas por el hilo invisible de nuestra admiración de toda la vida hacia quien se consideró a sí mismo como un simple maestro y filólogo, a pesar de su universal sabiduría en todas las disciplinas del conocimiento humano.

Don Pedro de América le llamaron hace años sus discípulos, los escritores argentinos David Martínez y Raúl Héctor Castagnino.

Insistamos un poco en el dominicanismo cabal de don Pedro, como tema principal nunca agotado en sus fuentes básicas.

En su segundo libro "Horas de estudio" (París, 1910), el autor expresa estas ideas: "Patria lejana y triste, triste como todos sus hijos, solitaria como ellos en la intimidad de sus dolores y de sus anhelos no comprendidos."

En el contenido de este libro hay notas demostrativas de su auténtica dominicanidad: protesta para que se mantenga la torre inconclusa de la antigua catedral, por considerar una profanación que se tocara esa reliquia; describe extensamente la vida intelectual de Santo Domingo, trabajo que ampliaría años más tarde bajo el título de "Literatura dominicana" y finalmente lo refundiría en su magistral obra "La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo" (Buenos Aires, 1936), libro de extraordinaria erudición que lleva una dedicatoria a su eminente compatriota y amigo Américo Lugo; habla de nuestra literatura histórica, con relación a "Rufinito", en carta a Federico García Godoy; se refiere a los poetas José Joaquín Pérez y Gastón Fernando Deligne, a quienes incluye juntamente con Salomé Ureña en su antología "Cien de las mejores poesías castellanas" (Buenos Aires, 1929).

En cuanto a "La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo," cabe anotar lo siguiente: es el fruto espléndido de incansables lecturas durante años y años, reuniendo noticias, acopiando datos, leyendo y relejendo interminables y tediosas colecciones documentales, como la de Beristain de Sousa, rastreando en las crónicas de Indias las huellas dominicanas dejadas por los cronistas en paciente indagación de lo nuestro, para poder levantar al fin el majestuoso andamiaje de sus ideas expuestas en ese libro esencial. Desde luego sin descartar la cooperación a la distancia de cualquier compatriota que estuviese en capacidad y disposición de prestársela. El laborioso proceso formativo seguido por este libro es una de las más hermosas y palpables demostraciones de la entrañable dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña. El otro volumen fundamental para nosotros los dominicanos es, a nuestro

entender, "El español en Santo Domingo" (Buenos Aires, 1940), su realización de mayor empuje como especialista consumado en el campo de la filología; en su texto aparecen ricas fuentes de material criollo, constiuyendo la culminación nacional más perfecta como punto de partida en el ámbito hispanamericano, dada nuestra calidad de fundación primigenia. Ese material que compone el libro está trabajado sólidamente con la argamasadel lenguaje hablado por el pueblo nuestro y recogido directa y amorosamente por el autor, una parte durante sus rápidos tránsitos por la República, ensamblado y entrecruzado, por otra parte, con sus reminiscencias juveniles y la perspicacia de sus lúcidas observaciones. El propio Henríquez Ureña pone de manifiesto que en nuestro país "el español se conserva con matices arcaicos y ha adquirido matices tropicales dignos de estudio."

En su libro "Plenitud de España" (Buenos Aires, 1940), son frecuentes las remembranzas de Henríquez Ureña consagradas a su tierra natal; alude a la empresa heroica de los dominicos en nuestra isla, siempre presente en su recuerdo; recoge versos que escucharon sus oídos durante la infancia; señala las riquezas de la arquitectura colonial en Santo Domingo; subraya la estada de Fray Gabriel Téllez, el insigne Tirso de Molina, en la vieja Ciudad Primada, basílica y oratorio de todo un Continente.

En las estupendas conferencias pronunciadas en la renombrada Universidad de Harvard durante el año académico 1940-41, ocupando la exclusiva y prestigiosa cátedra Charles Eliot Norton, dictadas en inglés y luego traducidas y publicadas bajo el título de "Corrientes literarias en Hispano América," edición póstuma (México, 1949), las menciones de nuestra patria y sus valores culturales, son muy numerosas y reiterativas. "En mi nativo Santo Domingo," "en mi natal República Dominicana," son frases que el maestro hubo de usar muchas veces en todas partes, a través de sus recorridos por los distintos caminos de América, sobre todo en la querida República Argentina; habla con notorio entusiasmo de nuestra música y artistas, de nuestra historia y nuestras ruinas, de nuestras

grandes figuras intelectuales y cívicas, de nuestras hazañas y gestas, de nuestros infortunios y vicisitudes; todo envuelto en un halo de simpatía y con un propósito por exaltar y dignificar lo nuestro donde la ternura se mezcla con el rigor más justo y ecuánime.

En su 'Antología del Centenario' (México, 1910), estudio de la literatura mexicana de la época independentista, hecha en colaboración con Luis G. Urbina y Nicolas Rangel, en dos tomos, se refiere al notable dominicano Jacobo de Villaurrutia, de relevante actuación en la época colonial por su significación en los inicios del periodismo mexicano.

En sus "Tablas cronológicas de la literatura española" (México, 1913), incluye al poeta dominicano Francisco Muñoz del Monte.

En "Romances tradicionales en México" (Madrid, 1924), incorpora noticias relativas al romance en Santo Domingo.

En "Apuntaciones sobre la novela en América" (Buenos Aires, 1927), cita a dos dominicanos: el ya mencionado Villaurrutia y a Antonio Sánchez Valverde.

En la segunda edición de su magnífica obra "La versificación irregular en la poesía castellana" (Madrid, 1933), trabajo que sustentó como tesis para el doctorado en la Universidad de Minnesota, menciona algunos de nuestros poetas modernos, entre ellos, Domingo Moreno Jimenes Ramón Emilio Jiménez y Andrés Avelino.

Para no extender demasiado el contenido de este discurso omitiremos referirnos al montón de trabajos acerca de temas dominicanos que Pedro Henríquez Ureña produjo en honra y exaltación de su terruño predilecto.

A los 20 años de edad recibe el reconocimiento de Gastón F. Deligne, al declararle ésto que nadie ha estado tan al tanto de su poesía, con estas palabras: "Permítame, pues, que me regocije, al celebrar una sagacidad crítica nacional como la suya; de la que espero legítimamente un Sainte-Beuve, un Zola, un Taine; sin lisonja."

En carta de Américo Lugo al poeta Osvaldo Bazil, en enero de 1907, hay este vaticinio que no tiene desperdicio: "Confieso

que siento admiración por Pedro Nicolás. No me gustan las profecías, por más que sólo en las de esta clase sean tolerables las equivocaciones; pero dudo mucho que no le saque verdadero a quien de él afirmara que llegará a ser el primer hombre de letras de la República.”

En carta a un amigo dominicano, en 1926, hay esta afirmación reveladora de un anhelo de Pedro Henríquez Ureña nunca satisfecho en su vida de exilio voluntario de su tierra: “*la posibilidad de regresar algún día, definitivamente, a vivir allá.*”

Su pasión de dominicanidad raigal está desnuda en esta confesión en una carta a su prima doña Flérida de Nolasco, en 1941: “Yo debo a Santo Domingo la sustancia de lo que soy”.

El argentino Juan Mantovani lo califica: “era extrañablemente dominicano.” El español Enrique Díez-Canedo lo conceptúa de esta manera: “Amante, como el que más, de su patria; alejado de ella desde que se inicia su madurez; viéndola atravesar estoicamente los tiempos más ásperos, sabe ofrecerle, de continuo, el puro homenaje de su labor diaria.”

El cubano José Rodríguez Feo, en el prólogo a la edición cubana de “Ensayos” de Pedro Henríquez Ureña (La Habana, 1965), consigna: “Sus múltiples escritos sobre Santo Domingo son testimonios de que vivió pensando en su patria y su gran anhelo fue ver a su país libre de toda tiranía para emprender la tarea de superación cultural que era para él una de las metas fundamentales de los pueblos de la ‘América buena.’ Pero en cuanto a descripción fiel, alabanza justiciera vertida en la prosa más señorial y elegante nacida de escritor dominicano alguno, nada más idóneo que lo expresado por Américo Lugo en su célebre carta al Presidente del Ateneo de La Habana, Dr. José Ma Chacón y Calvo, en 1946: “Lo que más aprecio en él, es *su dominicanidad*. Desterrado voluntario a causa del imperativo vocacional, es cierto; pero de los de su generación, nadie amó más a su patria. Su nombre es glorioso; su modestia, ejemplar; su patriotismo, conmovedor. Ninguno de nosotros, fuera de su patria, suspira por ella como él, ninguno trabaja para ella como él, ninguno talvez, desde el extranjero, la honra tanto como él. Conozco su corazón. Sé que ni honores ni riquezas compensarán

jamás en él el efecto de la ausencia del suelo natal. Es tan dominicano, si cabe decirlo, como nuestra iglesia catedral, con quien podría comparársele.

Sé que su deseo más profundo será volver, callado; pegarse a los muros de la ciudad sagrada que fue su cuna, besar sus ruinas, y devolver al seno generoso de la tierra patria, cuando su alma pase dulcemente, el maravilloso terrón que la contuvo."

Tan sólo falta en este pequeño coro la voz familiar que registre la nota de su siempre despierta dominicanidad. He aquí la palabra incuestionablemente valiosa de su hija Sonia Henríquez Lombardo de Hlito: "Sin embargo, y sobre esto no me cabe la menor duda, hubiera sido su mayor deseo vivir y darlo todo en su Santo Domingo. Desgraciadamente ese deseo no pudo cumplirse nunca. Desde muy joven abandonó su patria y ya en su plenitud intentó establecerse y vivir definitivamente en su país, pero no fue posible. Recuerdo la amargura de esos años, cuando regresó de su frustrado intento. Si tuvo preocupaciones, era difícil saberlo, porque todas las cosas en él cobraban una elevación que relativizaba los sinsabores de lo cotidiano. Pero esta vez no pudo disimularlo y su abatimiento fue grande."

Y como epílogo emocionado estas palabras del mexicano Samuel Ramos: "Nacido en un país pequeño, al que siempre estuvo dispuesto a servir, adquirió un espíritu desproporcionado al ámbito de su tierra natal, que no pudo retenerlo ni contenerlo, y se convirtió en un hombre que no puede llamarse ni dominicano, ni mexicano, ni argentino, sino ciudadano de América, en la significación más pura de este título."